



Desde que su amiga Verónica le contara que había conocido a la Princesa Encantada de Cazorla, Rocío fisgoneaba por todos los arroyos cuando iba de excursión. Quería tener la misma experiencia que su amiga; encontrarse con animales encantados del bosque, y hablar con ellos. Tanta era su obsesión, que cuando hacía recorridos por las riberas y era sorprendida por algún animal, fuera reptil, pájaro o mamífero, ella les gritaba: ¡Eh, criatura! ¡Párate! ¡Quiero hablar contigo! Pero ninguno le hacía caso. Tan sólo creyó, una vez, que el milagro iba a producirse.

Fue, cuando un joven y atrevido zorro se paró varias veces, cada vez que Rocío gritaba; mirándola perplejo. La niña pensaba que el raposo quería hablar con ella, pero éste salía pitando cuando se le acercaba.

No obstante, la insistente curiosidad de Rocío tuvo un día su premio. Estaba de excursión por la Serranía de Ronda, cuando paseando por la ribera del Rio Genal, curioseándolo todo como era su costumbre, llegó hasta un talud arenoso en el que había un agujero, no más ancho que su puño, y vio que desde el hoyo se asomaban una especie de rabillos.

Estaba segura de que pertenecían a un ser vivo que había dentro, y quiso saber qué bicho era. Entonces cogió un palitroque y lo introdujo en el agujero con la intención de hacerle un poco de cosquillas, para que se moviera y así poder reconocerlo.

Efectivamente. Aquella cosa viviente reaccionó, pero apenas se movió, y Rocío no pudo distinguirlo. Hasta cuatro veces metió el palito con el mismo resultado.

Pero la niña persistió moviendo el tosco palito más bruscamente, y el animalito desapareció dentro del agujero. De repente, una voz retumbó en la ribera.

-Oye pequeña ¿por qué no te vas a otro lugar y me dejas descansar tranquilo? Con el problema tan grande que tengo, lo que menos necesito es que una niña como tú venga a incordiar-me. Anda nena; vete a coger berros y déjame en paz.

Rocío se quedó perpleja. Pensó que ¡por fin! se había encontrado con una criatura mágica y parlanchina.



Pero... ¿De quién era esa voz? Tal vez, como le ocurrió a su amiga Vero, era una Lagartija de Valverde. No. No veía lagartija alguna por allí.

Entonces no podía estar en otro sitio que en el agujero.

"No me iré sin saber quién está ahí dentro-, se dijo. Y se agachó gritando hacia la madriguera.

-¡Eh! ¡El que está ahí escondido! ¿Eres tú el que me has hablado?... ¡Respóndeme!-. Durante unos instantes hubo un silencio, y tuvo duda. Miró a los árboles, por si el dueño de la voz pudiera encontrarse en la frondosa copa de uno de ellos.

-¿Aun no te has ido?- escuchó decir de repente-. Y al mirar de nuevo el agujero se quedó espantada con lo que veía. Aquel era el bicho más raro que había visto en su vida. Parecía un escorpión, pero era más robusto que éste y de color verde azulado. No, no tenía ni idea a qué especie pertenecía aquella criatura.

-¿Qué te pasa niña? ¿Es que no has visto en tu vida un cangrejo de río?-

Aunque aun estaba asustada, Rocío pensó la pregunta sin atreverse a responder al crustáceo.

"La verdad es que... no sabía que los cangrejos de río existieran", se dijo.

-Bueno, ya has conseguido despertarme ¿Qué es lo que quieres?-. Rocío estaba cortada como un limón. Pues el cangrejo, con sus enormes pinzas y los ojos fuera de la cabeza, le impresionaba.

Además pensó que, aunque se mostraba pacífico, podía atacarla. Un pellizco con aquella especie de ganzúas tenía que doler mucho-. ¿Qué pasa? ¿Te has quedado muda? ¿Para esto tanto incordio?-. Rocío se sintió obligada a responder.

-Perdona. Pero es que...

-Sí, ya sé que soy un bicho muy raro y feo. Pero eso depende de quién te mire. A mí por ejemplo, tú me pareces un ser extraño. Y mira que he visto criaturas raras en este río-. Rocío permaneció callada e inmóvil. Entonces el cangrejo, en tono conciliador le dijo-. Oye no te ofendas; que seguramente para tu gente eres una chica muy linda.

-No, si no estoy ofendida. Lo que pasa es que estoy muy emocionada por conocerte y hablar contigo.

-Bueno, bueno; tranquila que no es para tanto. Pero dime ¿Qué quieres de mí?

-Nada especialmente- respondió Rocío-. Yo no quiero molestarte, ni pretendo hacerte daño. Lo que ocurre es que llevo tiempo buscando encontrarme con un ser como tú. Hasta he pensado que sólo la lagartija que vive en la Sierra de Cazorla era la única que podía hablar.

-¿Te refieres a la Lagartija de Valverde?- preguntó el cangrejo rondeño.

-¡Sí! ¿La conoces?- preguntó Rocío expectante.

-No directamente. ¿Entonces tu eres la niña ecologista con la que se encontró esa lagartija?- interrogó el de los ojos desorbitados saliendo completamente de su escondrijo.

-No. Esa es mi amiga Verónica- dijo con orgullo Rocío.



-Ella fue la que me convenció de que existían en los bosques animales encantados con los que una podía comunicarse. Pero... ¿Y tú cómo sabes que Vero conoció a la Princesa Encantada de Cazorla, si aquella sierra está tan lejos de aquí?-

-Pues lo sé por el rumor del agua ¿O es que no sabes que todos los ríos se comunican?- dijo el cangrejo como regañándola por su ignorancia. De todas maneras, Rocío dudó lo que el crustáceo le decía. Sin embargo cosa más extraña era que estuviera hablando con un cangrejo.

Por lo tanto, el de las patas como garfios le podía estar diciendo una gran verdad.

-Bueno, me voy. Me gustaría seguir conversando contigo y saber de ti y de tu especie; pero me has dicho que estás muy cansado y no quiero seguir molestándote- le dijo Rocío con delicadeza-. Otra vez será. Adiós.

-¡No, no te vayas!-gritó el cangrejo-. Ahora sé que eres una buena criatura y quiero que me ayudes a salvar a mi especie.

-¿Qué te ocurre?- preguntó Rocío.

-Un desastre, querida niña. Pues los cangrejos serranos estamos sufriendo una horrible invasión que acabará con nosotros-dijo el cangrejo con tono desesperado.

-¿Una invasión?- interrogó intrigada Rocío-. ¿Te refieres a los turistas y domingueros que vienen por aquí?

-No chica. Esa gente también a veces nos molesta, pero no son ellos los invasores que te digo.

















